



GOBERNACIÓN
Departamento del
Valle del Cauca



Papel Escena

Revista bianual continua de la Facultad de Artes Escénicas

Nº 24 - 2026

Cali - Colombia



Papel Escena

Galería de Papel

EL OBTURADOR DE ARENA

THE SAND SHUTTER

Recepción: 10 05 2026

Aprobado: 09 06 2026

Vanessa Alejandra Granada Medina¹
vgranadao878@gmail.com

Como citar: Granada, V. A. (2026). El obturador de arena. *Papel Escena*, (24), e-30710

¹Facultad de Artes Escénicas, Instituto Departamental de Bellas Artes, Cali, Colombia.

Absoluto es el arte en constante comunicación con la vida, pues el mundo sucediéndose siempre será un escenario referente. La imagen, como elemento aparentemente estático, y digo “aparentemente” porque en realidad contiene todo un mundo construido para ser captado, observado y capturado, constituye una parte fundamental y cíclica de la reproducción de una embestida humana ávida de experiencia. Vive meciéndose en el aire, está impresa en el trasegar y, particularmente, es una compañera maravillosa para quien vive y observa, como si el cuerpo quisiera tener la ambición de poder narrarla en todo momento, pese a que las sensaciones que derivan de su proximidad pueden no siempre ser placenteras. Por esa razón, la curiosidad del alma es tan presente como necesaria y hoy existen medios por los cuales un segundo puede transformarse en una medida de tiempo eterna, es decir, una danza entre absolutos, un pájaro en mano y otros muchos, más de cien, volando.

El escenario teatral, desde la perspectiva poética, es una reproducción de fotografías unidas por medio de conversaciones íntimas y perpetuas que, al ser proyectadas como retazos de un conjunto, arrojan a quien observa y escucha la voz inequívoca del espejo de la vida como una posibilidad infinita de comprender al titán llamado Tiempo. Desde su calidad de medida intangible y tal vez misteriosa, omnipresente, en tanto es instante, en tanto se congela, en tanto se ensancha, en tanto se esfuma, y –por una pasión inagotable de lo esencialmente humano– en tanto cobra vida para también evocar eternidades, hilos indivisibles, rastros de la memoria, convivios, añoranzas, sensaciones remotas, vitales y espontáneas que son, finalmente, retazos también de la propia vida, de lo real puesto en función de su naturaleza.

Es justo en esa contemplación, en la que las plantas de los pies se encuentran entre el borde de la ficción y lo real, cuando la mano voltea el reloj de arena y asienta de manera paciente y a la vez inmediata el principio que respira entre aquello que es inevitablemente cíclico. El

Tiempo se transforma en un mundo contenido entre dos infinitos, la fotografía y el teatro, justo como el canal por donde el reloj de arena hace posible su delgado transcurrir, como una sola toma fotográfica que pertenece a un gran universo tejido entre encuentros, conversaciones, ensayos, errores, textos, conflictos, aprendizajes, dudas, certezas y todo cuanto es atribuible a la escena que recrea los bordes como una delimitación aproximada, pero que está siempre propensa a saltar desde ellos, por ellos y para ellos, bajo la sensación del vértigo de lo que se desconoce y que atrae desde su imagen desdibujada.

En palabras de Milan Kundera: “El sentido de la poesía no consiste en deslumbrarnos con una idea sorprendente, sino en hacer que un instante del ser sea inolvidable y digno de una nostalgia insoportable”. Así, lo poético no es otra cosa que el limbo necesario en donde la cotidianidad se refugia, y es por eso que el accionar del obturador tiene la capacidad de visionar lo perpetuo en cuestión de segundos, bajo un sistema de alerta que generalmente escucha el segundo óptimo donde se hace aparentemente dueño de la imagen y, por qué no, del Tiempo, que podrá después desvanecerse entre las manos, tal y como lo haría un puñado de arena. Es el cuerpo un lente, es la yema del dedo un mecanismo disparador pacífico que puede alcanzar un salvajismo en el que el silencio refulge.

Por eso, fotografiar al teatro es entrar en una convención seductora de observación que pretende, como en un sueño o un escenario utópico, dejar un precedente de todos los detalles posibles, expresivos o interpretativos. Es el ojo un canal de comunicación que cumple con un propósito metafórico, es el cuerpo teatral una personificación del sentido poético. La regla ficcional del lente es permitirse creer que el teatro posa para él y que, de manera contundente, nazca un acuerdo silencioso de fragilidad compartida. Valdría la pena hacerse la pregunta por el lente propio, aquel que rescata de aquella aventura de capturar mundos infinitos alguna luz u oscuridad que le permita, a su vez, también capturarse a sí mismo.



Revista Papel Escena | N.º 24 | 2026-1 | Doi: <https://doi.org/10.56908/pe.n24.710>



Revista Papel Escena | N.º 24 | 2026-1 | Doi: <https://doi.org/10.56908/pe.n24.710>















Revista Papel Escena | N.º 24 | 2026-1 | Doi: <https://doi.org/10.56908/pe.n24.710>



Revista Papel Escena | N.º 24 | 2026-1 | Doi: <https://doi.org/10.56908/pe.n24.710>

